

Homenaje a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por el 450 aniversario de su fundación*

Félix Alvarez Brun

He recibido el honroso encargo de la Academia Nacional de la Historia de pronunciar el discurso de orden en homenaje a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por el 450 aniversario de su fundación. He aceptado con particular complacencia no sólo porque así lo ha acordado la ilustre institución a la que pertenezco, sino además porque soy un sanmarquino de corazón y porque a San Marcos me debo desde el primer día en que ingresé en ella para recoger las enseñanzas que me conducirían por el camino del saber, lo que ha constituido el mejor regalo que he tenido en mi vida como estudiante y como profesor. En la Universidad de San Marcos he recogido el aliento necesario para ser lo que soy, quiero decir un hombre que ama el Perú sin olvidar los valores espirituales que en ella he tenido la suerte de asimilar y que en todo momento norman mi vida y mi conducta.

La Academia Nacional de la Historia, desde que fuera fundada por el Presidente de la República don José Pardo y Barreda, el 18 de febrero de 1905, como Instituto Histórico del Perú, se halla estrechamente vinculada a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Conspicuos intelectuales sanmarquinos, pertenecientes al campo de la historia y especialidades afines, vienen formando parte de ella como miembros de número. En esta virtud la Academia no solamente se siente muy feliz sino también orgullosa de rendir homenaje a la Universidad Decana de América por la fecunda e indesmayable labor que ha cumplido en sus 450 años de vida y sigue cumpliendo como institución de estudios superiores en la formación profesional, científica y cultural de las juventudes peruanas de todos los tiempos.

* Texto ampliado del discurso de orden pronunciado a nombre de la Academia Nacional de la Historia en homenaje a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Palacio de Osambela. Lima, 25 de octubre del 2001.

La historia de San Marcos a través de los cuatrocientos cincuenta años de su existencia ha sido vista desde los más variados ángulos. Sin embargo es indispensable volver a repasarla para remozarla con nuevas investigaciones o para actualizar la significación y trascendencia que ha tenido y tiene en la forja de nuestra personalidad nacional. Mirar hacia el pasado tiene la virtud de hacernos conocer las raíces y la urdimbre que nos ha permitido ser lo que somos y, al mismo tiempo, lo que deberíamos ser en lo futuro. Es, por consiguiente, buscar las huellas del recorrido vital que hemos tenido para conocer mejor el solar en el cual nos encontramos. Podría decir para conocernos mejor a fin de fortalecer los lazos y las virtudes que nos permitan alcanzar mejores metas a las que debemos aspirar siempre por el bien de la patria y de nuestro destino común. Debemos tomar en cuenta que el pasado es cimiento del porvenir y por ello merece respeto y gratitud. No podemos dejar de reconocer que en el mundo del pensamiento, como ha escrito un notable humanista, todo lo que ha sido puede volver a ser y por este motivo el pasado es invariablemente fecundo. El bien de hoy no habría sido posible sin los errores y las verdades del pasado. Mucho del quehacer científico material y espiritual, se vierte como cantera inagotable para enhebrar el destino de una nación y, en esto, la historia, como ciencia que estudia el devenir de los pueblos, lo confirma. Por esta razón se traen al recuerdo los hechos y los nombres de los protagonistas que con su pensamiento y obra han contribuido a cimentar el Perú de hoy y del mañana, indudablemente. Recordemos que para Ortega y Gasset “la conmemoración es la solemnidad del recuerdo”.

Teniendo en cuenta lo dicho deseo recordar sucintamente algunos hechos y personajes de la historia de San Marcos¹.

Fundación de la Universidad

La Universidad de San Marcos fue fundada por Real Provisión de Carlos V y su madre la Reina Juana, hija de los Reyes Católicos, expedida en Valladolid el 12 de mayo de 1551. De conformidad con dicha disposición real se establece el Estudio General de letras humanas y sagradas con los mismos privilegios, franquezas y exenciones de que gozaba el Estudio General de la célebre

1 Al respecto quiero indicar que Jorge Guillermo Leguía y Miguel Maticorena han periodificado la historia de la Universidad de San Marcos de acuerdo a las corrientes culturales y cambios ideológicos producidos en el mundo que han incidido o influido en su desarrollo institucional. Me limito a consignarlos como información, sin entrar en el contenido de los mismos. Leguía los periodifica con los epígrafes: Génesis de San Marcos; Características de la etapa teológica; La etapa enciclopedista; La etapa doctrinaria y La etapa profesional. Maticorena prefiere hacerlo en la siguiente forma: San Marcos del Humanismo; El Barroco del siglo XVII; La Ilustración del XVIII; El Liberalismo del inicio de la República; La crisis del siglo XIX, y El siglo XX y la Reforma Universitaria.

Universidad de Salamanca. San Marcos es la Universidad Decana de América como lo han demostrado los valiosos estudios, fehacientemente documentados, de fray Cipriano de Utrera, Luis Antonio Eguiguren y Carlos Daniel Valcárcel, a los que se agregan las recientes puntualizaciones históricas de Miguel Maticorena Estrada, miembro de número de nuestra Academia.

Fue fray Tomás de San Martín el encargado de iniciar las gestiones ante el monarca, junto con el Capitán Jerónimo de Aliaga, que llevaron la representación del Cabildo de Lima para ese efecto. Carlos V atendiendo a las justas razones que le expusiera el fiel y culto pastor dominico, no vaciló en dictar la disposición real que vino a ser la partida de nacimiento de nuestra primera casa de estudios. Gran privilegio sin duda fue crearla con los mismos requisitos y atribuciones de la Universidad de Salamanca, fundada en 1218, que en el siglo XVI era una de las más prestigiosas de Europa y que brillaba por el renombre de sus ilustres maestros como fray Luis de León y Francisco de Vitoria.

El dominico Francisco de Vitoria, de grande ingenio y fecundo talento, fue el autor de las célebres **Relecciones** sobre los Indios (De Indis), la potestad civil (De potestate civili) y la guerra justa (De iure belli), que dieron origen al derecho internacional moderno, es decir a las relaciones jurídico-internacionales entre los pueblos y, por lo mismo, al respeto del derecho y autonomía de los Estados. El concepto central de Vitoria fue considerar que la república —el Estado en buena cuenta— es parte del orbe, y el orbe, a su vez, una república. El pensamiento del notable maestro salmantino se hallaba en boga al momento de fundarse la Universidad de Lima e influyó en los maestros de la recién creada casa de estudios, particularmente entre las autoridades y miembros de la orden dominica. Este es el motivo por el que me atrevo a recordar algunas ideas y principios del pensamiento del maestro de Salamanca. Más aún en los actuales momentos de honda inquietud en todos los países del mundo, inquietud que ha calado de manera preocupante en el sentimiento general de los pueblos a consecuencia de la globalización cultural, tecnológica, científica y económica que influye en aspectos de carácter jurídico, moral e institucional.

Francisco de Vitoria, al ocuparse de la potestad civil, dejó sentado como norma fundamental que el fin del Estado es de orden jurídico, vale decir, de protección del derecho de las naciones contra la fuerza, la inmoralidad y la injusticia. Todas las personas naturales y jurídicas poseen por lo tanto los mismos derechos y deberes, y su comportamiento debe regirse, en consecuencia, mediante el acatamiento pleno de las normas legales establecidas, las que en ningún momento ni caso deben ser conculcadas o pisoteadas.

Para nosotros es sin duda de particular interés conocer el pensamiento de Francisco de Vitoria respecto del pueblo indígena recién descubierto y

conquistado. Sus ideas como las de fray Bartolomé de las Casas influyeron de manera notoria entre los maestros y estudiantes de la Universidad de Lima durante los siglos XVI y XVII. El maestro de Salamanca precisó, con argumentos irrefutables, la igualdad jurídica de las personas y los pueblos del nuevo mundo. Para él todos eran capaces y estaban en las mismas condiciones que los propios españoles para tener similar trato humano. En ese contexto de ideas se pronunció por la libertad de los naturales de América y defendió su dignidad y aptitud jurídica, es decir a ser tratados en iguales condiciones que los cristianos del viejo mundo.

Dentro del panorama cultural y civilizador del siglo XVI, siglo en el cual floreció el Renacimiento innovador de las letras, de la cultura y de los métodos científicos que fueron precedidos por el notable cambio espiritual e ideológico del humanismo europeo, nace, pues, la Universidad Decana de América.

La primera etapa de la Universidad

En los primeros 20 años la Universidad funcionó en el Convento de Santo Domingo siendo su primer Rector fray Juan Bautista de la Roca. En 1571 se laiciza después de haber permanecido bajo los auspicios de los priores de Santo Domingo y se da la primera Constitución seglar el 11 de octubre del indicado año. Entre 1571 y 1574, etapa que los historiadores llaman de la exclaustración, cambia de local, tiene un nuevo escudo y un nuevo nombre. El cambio del **status** institucional se produce indudablemente como resultado de serias discrepancias entre profesores religiosos y laicos acerca de su manejo y gobierno. Pero no sólo por estas razones sino también porque hubo un trasfondo ideológico y un interés privado. He dicho que los dominicos siguieron las enseñanzas de Francisco de Vitoria y de Bartolomé de las Casas; en consecuencia hubo lucha entre los intereses privados de los encomenderos que querían la perpetuidad de la encomienda, y el parecer de los dominicos que pedían extinguirla.

El 25 de julio de 1571 se aprueba y confirma la fundación de la Universidad por la bula papal **Exponi Nobis** de Pío V, dándole fuerza y validez internacional permanente para un mejor y más amplio cumplimiento de su cometido como centro de estudios superiores. A la vez se le concede el título de Pontificia. Ese mismo año, el claustro pleno convocado por la Audiencia de Lima, con la aprobación y respaldo del Virrey Francisco de Toledo, quien estaba de parte de los encomenderos, eligió como primer Rector laico a Pedro Hernández de Valenzuela. Así se inicia una nueva etapa en ese centro de estudios, al que se le pone bajo la advocación del Evangelista San Marcos, después de un sorteo celebrado en claustro pleno el 22 de diciembre de 1574, en el que figuraron otros santos y doctores de la Iglesia.

La Universidad laica deja el Convento de Santo Domingo en aquel mismo año y pasa a un local adquirido de los agustinos junto a la iglesia de San Marcelo. Después, el 25 de abril de 1577, se instala en el edificio de San Juan de la Penitencia, en la Plaza de las Tres Virtudes Teológicas, también conocida como Plaza del Estanque o de la Inquisición, cuya aula general, restaurada por Pedro de Peralta, albergaría más tarde al Congreso Constituyente. En 1855 el local del Convictorio Carolino, del antiguo noviciado de los jesuitas, fue el elegido para que en él funcionara, entre otras, la Facultad de Filosofía y Letras. En sus claustros de los Naranjos y los Jazmines han discurrido durante más de un siglo ilustres generaciones sanmarquinas. Por último, en 1962, se traslada a la Ciudad Universitaria, siendo Rector el doctor Luis Alberto Sánchez.

Otro suceso importante ocurrido en los años siguientes a la fundación de la Universidad, fue la adopción de un nuevo escudo. El doctor Miguel Maticorena ofrece los siguientes datos sobre dicho escudo: “Se cambia la imagen de la Virgen del Rosario, patrona de los dominicos, por la de San Marcos, con el León su símbolo, en la parte interior (símbolo religioso). En el lado izquierdo del escudo se puso el Columnario y el **Plus Ultra** de Carlos V, símbolo renacentista y del imperio mundial. En la parte superior las tres coronas reales y el lucero del escudo de Lima (símbolo regional). En la parte inferior aparece la fruta **lima**, que convierte al escudo en parlante, o sea que anuncia también el nombre de la ciudad (regionalismo)”.

El primer quechuista y primer graduado de la Universidad

Ahora bien, en los primeros años de la presencia española en el Perú, bajo el impulso de las ideas sostenidas por los célebres dominicos Francisco de Vitoria y Bartolomé de las Casas, y, al mismo tiempo, por imposición de la nueva realidad y de circunstancias apremiantes que se tuvieron que afrontar de inmediato, se realiza una empeñosa acción para descubrir y estudiar al pueblo indígena en sus tradiciones, mitos, costumbres, lenguas nativas y demás expresiones espirituales y naturales. El interés por la evangelización incentiva a los misioneros y frailes a descubrir las creencias religiosas, los ritos, ceremonias y supersticiones gentílicas para combatirlas con la doctrina de Cristo.

En ese propósito de descubrir el mundo indígena, además de fray Tomás de San Martín, el mismo que gestionó la fundación de la Universidad de Lima, un notable dominico se acercó y vinculó personalmente a los naturales con el deseo de auscultar sus sentimientos e informarse de su condición y virtudes humanas a través de su propia lengua y trato personal directo. Se trata de fray Domingo de Santo Tomás, quien tuvo la vocación y el destino de iniciador en la búsqueda de la riqueza espiritual aborígen del pueblo quechua. Fray Domingo fue el primero de

los lingüistas, maestros y predicadores que en el Perú abrió surcos para indagar y conocer el alma del habitante andino; el primero que predicó a los naturales en su propia lengua; el primer graduado en la Universidad limeña y su primer catédrico de Teología. Pero, sobre todo, fue el autor de la **Gramática o arte de la lengua general de los indios de los Reynos del Perú** y del **lexicon o vocabulario de la lengua general del Perú**, ambas obras impresas en Valladolid en 1560.

En el prólogo a la primera obra se dirige a Felipe II y le hace la significativa advertencia siguiente: “Tenga V.M. entendido, que los naturales de aquellos grandes Reynos del Perú, es gente de muy gran policía y orden, y no le falta otra cosa, sino que V.M. lo sepa y entienda que los que otra cosa le dicen y persuaden, le quieren engañar, teniendo atención a solos sus propios y particulares intereses. Y entendiendo esto V.M. la reciba y tenga debajo de su amparo, como los demás vasallos suyos: y los trate como capaces del mismo tratamiento que ellos, y con mayor regalo y favor, pues es gente más flaca y más nueva en vuestro servicio, y en el yugo de Cristo nuestro Señor”.

¿Qué respondería Juan Ginés de Sepúlveda, que justificaba la conquista considerando a los naturales del nuevo continente como serviles por naturaleza –servi a natura– o sea inferiores al resto de los humanos, teoría que Francisco de Vitoria y Bartolomé de las Casas rebatieron con pruebas inconcusas y sólidos argumentos? Esa fue la tónica que imprimió fray Domingo de Santo Tomás a su obra misionera, que los frailes y maestros recogieron en la Universidad de Lima y en el silencio meditativo de los conventos como norma indispensable a seguir en el campo de la evangelización en los pueblos del mundo quechua y demás naciones ancestrales de nuestra patria.

La segunda etapa de San Marcos

La historia de la Universidad de San Marcos en su segunda etapa o sea desde 1571, en que se laiciza, hasta el presente año que festejamos el 450 aniversario de su fundación, es amplia y llena de sucesos y de destacadas figuras que sería difícil señalar en este acto solemne sin incurrir en lamentables omisiones.

El maestro Raúl Porras, en ocasión del primer Congreso Internacional de Peruanistas reunido en Lima en 1951, con motivo del IV centenario de la fundación de San Marcos, pronunció una extraordinaria conferencia magistral. En ella ofreció una valiosa síntesis conceptual acerca de la Universidad y la cultura peruana, a la que siguió un detenido estudio sobre los mitos y épica incaicos y los cronistas para, finalmente, hacer un recuento substancioso de los hechos y personajes más importantes en la historia y la cultura peruana durante los siglos XVII al XX. El Instituto Raúl Porras Barrenechea, Centro de Altos Estudios y de Investigaciones

Peruanas de la Universidad Mayor de San Marcos, ha publicado aquella inolvidable conferencia bajo el título de **Mito, Tradición e Historia del Perú**.

De esa notable conferencia me permito recoger el siguiente brevísimo párrafo: “Tenemos conciencia los profesores de San Marcos, al margen de todo egoísmo o vana palabrería, de que nuestra Universidad ha cumplido frente a las contingencias de la realidad de todos los tiempos, sus labores esenciales en la transmisión de la cultura occidental, en la investigación de la realidad peruana, en la búsqueda anhelosa de una cultura propia y en la formación de una conciencia de la nacionalidad. No se limitó ella exclusivamente a copiar o repetir lo extraño, a trasplantar la cultura europea humanista, sino que, en determinados momentos de su vida, removidas las aguas estancadas del saber rutinario por un soplo de renovación, acertó a hallar, debajo de la cultura importada los gérmenes vitales de una cultura propia que era imposible lograr de un golpe, ni diferenciar tampoco en un minúsculo empeño cantonal, la unidad indivisible de la cultura universal”. Dicho esto, agrega, que precisamente en la obra serena de contemplación de la historia sanmarquina, “cabe redimir, tanto a la Universidad colonial como a la republicana, de las acusaciones simplistas e improvisadas. Si es cierto que en la Universidad de los siglos XVI y XVII vivió bajo el yugo de la Escolástica y de Aristóteles, y trabajó sometida al imperio del **magister dixit**, no cabe negar que en el ambiente claustral de los conventos y colegios se fueron forjando lentamente, en una quietud de tiempo medieval, profunda y severa, los cauces por donde debía correr la savia de una cultura propia”.

Desde luego Porras se ocupa en forma clara y precisa de cada una de las diferentes etapas de nuestra historia, tanto en la investigación lingüística, como en el orden jurídico, los estudios geográficos, humanísticos, científicos y demás campos del saber y acción propios de toda universidad.

Así la universidad se convirtió en el curso de su dilatada historia en eje y crisol de la actividad cultural superior en América Latina, cumpliendo el importantísimo rol de enseñar y transmitir experiencias a los cuatro vientos en nuestro dilatado continente. Por lo menos han sido diez las universidades fundadas o promovidas por profesores y graduados sanmarquinos como proyección de la Decana de América, entre ellas las de Chuquisaca, Quito, Bogotá, La Habana, Guatemala, Córdoba, Caracas y Chile, a las que al mismo tiempo les sirvió de modelo.

La Ilustración y el Mercurio Peruano (siglo XVIII)

En el siglo XVIII, dentro de lo que puede llamarse la búsqueda de una cultura propia y atendiendo a las influencias que se producen como consecuencia del cambio de dinastía en España, se comienza a percibir el inicio de la conciencia

de patria. La presencia del gobierno borbónico en España, estrechamente vinculado a la monarquía francesa, facilita que el movimiento ideológico y científico de la Ilustración se extienda por todo el mundo y llegue a América. El cambio de mentalidad en nuestro continente es notorio, particularmente en la segunda mitad del indicado siglo, por la difusión de las ideas de Rousseau, Montesquieu, Voltaire y de la Enciclopedia que se difunden en las principales capitales europeas y trascienden a nuestro continente. El historiador Mariano Picón Salas ha dicho que las nuevas ideas salieron de Francia llenas de racionalismo y sensibilidad y confluyeron en esa extraña hora del siglo XVIII en el miraje de una idéntica utopía progresista. En España el benedictino Benito Jerónimo Feijóo en sus obras apoyó la difusión del nuevo pensamiento e influyó en los monarcas Fernando VI y Carlos III, los que ampararon la cultura, las artes y el desarrollo de las ciencias. Esta acción, como tenía que suceder, fue imitada por los virreyes del Perú desde Castell dos Rius hasta Gil de Taboada y Lemus.

De otro lado las expediciones científicas, los viajeros, los criollos que regresan de Europa imbuidos del nuevo pensamiento y la introducción subrepticia en las colonias de los autores franceses, contribuyen al cambio de mentalidad en esta parte del mundo, como lo han señalado Carlos Deustua Pimentel, José Agustín de la Puente y otros historiadores. El virrey Manuel de Amat dicta nuevas constituciones a la Universidad de San Marcos, en 1771, por las que se permite la lectura de autores modernos y, al mismo tiempo, se organiza la biblioteca de la universidad. Otros virreyes continúan labor similar.

Los nuevos aires que corren en el Virreinato, en el mencionado siglo, son los que determinan la creación de la Sociedad Académica de Amantes del País y con ella se tiene el **Mercurio Peruano** que comienza a publicarse en 1791. El **Mercurio Peruano**, órgano de la Sociedad, presenta en sus páginas de manera precisa y nítida la inquietud intelectual y el amor a la tierra de los criollos peruanos. En ellos, de acuerdo al Prospecto que escribe Jacinto Calero y Moreyra como representante de la Sociedad, se enumera los temas que debían ser tratados en los trabajos a publicarse. Dichos temas abarcaban la industria, el comercio, la historia, la geografía, las artes, la literatura, la agricultura; los "campos inmensos" de la moral pública y la educación. Todos vinculados a la realidad del Perú, al que califican, por primera vez, con el término de patria. La intención es clara, no admite dudas, porque además en el primer artículo de la **Idea general del Perú** se declara que "El principal objeto de este papel periódico es hacer más conocido el País que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos parallogismos". En el último párrafo los mercuriales dan a conocer la respuesta peruana destinada a desvirtuar las opiniones negativas de algunos filósofos e historiadores de la Ilustración como Robertson, Raynal, de Pauw y otros, que consideraron a los habitantes del Nuevo Mundo como inmaduros, débiles y muchas cosas más.

En el **Mercurio Peruano** se descubre el cambio de mentalidad de los criollos y, por lo tanto, se abre la trocha que seguirían los forjadores de la Independencia y la República para encontrar las raíces profundas de nuestra nacionalidad. El concepto de patria expresado por los redactores del **Mercurio** adquiere pronto dimensión continental. Ya no será aplicado únicamente al Perú, sino que se ampliará a todos los países de Latinoamérica. Juan Pablo Viscardo y Guzmán en su “Carta a los españoles americanos”, en la última década del XVIII, declarará que “el nuevo mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra”, y en “El Satélite del Peruano”, de 1812, Fernando López Aldana declarará “Por patria entendemos toda la vasta extensión de ambas Américas” y, en consecuencia, todos “somos hermanos de una misma familia”. La idea de patria se fija así en el corazón de los precursores y próceres de nuestra independencia. Entre los promotores y redactores de aquella magnífica publicación estuvieron en la primera línea de combate los sanmarquinos que por sus actos y luces, alcanzaron notoriedad en la América ilustrada de la época. Allí encontramos los nombres señeros de José Baquíjano y Carrillo, Toribio Rodríguez de Mendoza e Hipólito Unanue.

Siglo XX: Actividad cívica en la Universidad

Sin embargo, si bien es cierto que la Universidad de San Marcos contribuyó notoria y substancialmente en el orden cultural y en la construcción de nuestra personalidad nacional, lo fue también en el terreno de la acción y militancia cívica en los instantes cruciales de la patria. Como institución básica, cardinal, en la defensa y formación de la identidad peruana ha participado activamente, mano a mano con el pueblo en gestas reivindicatorias de la justicia social, la libertad y los derechos cívicos, así como en los debates públicos sobre los problemas económicos, políticos y culturales del país. La universidad no se ha limitado únicamente a impartir conocimientos, a orientar y alentar la investigación, a formar profesionales idóneos y a incrementar el acervo cultural de los estudiantes y del país entero. La universidad ha sido consciente de su vigoroso poder espiritual como fuerza orientadora de la juventud para alcanzar un mejor destino y contribuir de modo positivo al desarrollo de la nación. Por lo mismo, ha sabido comprender a la juventud en el convencimiento de que ella forma parte de las energías vitales que cada sociedad posee y tiene a su disposición y de cuya movilización depende en gran medida el progreso.

San Marcos en el siglo XX, como ha dicho Marco Martos, ha sido “bastión de rebeldía contra toda forma de imposición, lugar de debates científicos y políticos, un espacio para las amistades definitivas”. Comparto plenamente los conceptos del ilustre profesor. En realidad San Marcos ha sido en el último siglo recinto de permanente confrontación de ideas, de investigación y de cultivo del

saber. Ha atisbado atentamente el panorama nacional en sus múltiples manifestaciones y ha vigilado los caminos de la cultura para que estén siempre abiertos a la sociedad y a la comprensión del Estado.

Las décadas de los años veinte y treinta del pasado siglo fueron cruciales en la historia peruana. Una honda agitación política y social conmovió al país al término del gobierno de José Pardo, en 1919. La jornada de las ocho horas de trabajo fue reclamada por obreros y estudiantes en gesta sin precedentes, con huelgas y manifestaciones públicas, que encabezó la Federación de Estudiantes, presidida por Víctor Raúl Haya de la Torre. El Presidente Pardo tuvo que ceder y firmó la disposición legal pertinente reconociendo ese derecho laboral.

Durante el gobierno de Augusto B. Leguía que llegó al poder por medio del golpe de Estado producido el 5 de julio de aquel año, las fuerzas cívicas representadas por el pueblo y la juventud universitaria rechazaron las actitudes de carácter autoritario que pretendía imponer a toda costa, sin respetar la vida y los derechos civiles. Fueron los momentos en que llegó a su fin lo que se ha venido en llamar la república aristocrática que fuera iniciada en 1895. La Universidad de San Marcos se hizo presente entonces para oponerse a los propósitos antidemocráticos del nuevo gobierno. Luis Fernán Cisneros y Víctor Andrés Belaunde fueron los protagonistas principales; el primero con sus estupendos artículos en "La Prensa" y el segundo con su cálido verbo en la tribuna universitaria.

Desde 1920, Cisneros inició la campaña contra Leguía, no solamente con el objeto de evitar la modificación constitucional que se proyectaba para facilitar su reelección sino además a favor de la autonomía del Poder Judicial. Al año siguiente arreció la oposición y Cisneros fue detenido por orden del Ministro de Gobierno. Belaunde, recién llegado de los Estados Unidos, se dio entero hasta obtener la libertad de su querido amigo. Su sólido prestigio como maestro universitario y como orador que regresaba después de haber dictado conferencias en el citado país, más el apoyo del Centro Universitario, fueron decisivos para obtener la libertad de Cisneros. Sin embargo, con ese rotundo éxito no concluyó la intervención de Belaunde porque a pedido del propio Cisneros, en carta pública, se abocó a la tarea de buscar la libertad de muchos políticos confinados en la isla de San Lorenzo. En épica jornada, en la que estuvo al lado suyo Cisneros, Belaunde reclamó justicia para aquellos presos desde los balcones del patio de Derecho de San Marcos. La "soplonería" infiltrada, que tuvo como cometido interrumpir y acallar la voz de los estudiantes, al lado de los cuales se encontraban algunos profesores, encendió los ánimos y la intervención de Belaunde se convirtió en valiente requisitoria jurídica y política ante el público que colmaba el local. Los "soplones" tuvieron que huir, arrojados por los estudiantes y maestros universitarios. El corolario de ese memorable suceso fue el destierro de Cisneros y Belaunde.

La agitación política, con la intervención estudiantil universitaria, no concluye con los actos producidos en los años 19 al 21. Por el contrario recrudece en 1924 porque se busca reformar nuevamente la Constitución con el objeto de facilitar la reelección del Presidente Leguía para el período 1924-1929. La juventud sanmarquina en esos momentos se moviliza e interviene activamente en los pronunciamientos públicos, los que son reprimidos con violencia por las fuerzas del orden. La Federación de Estudiantes, a consecuencia de ello, sufre los embates del gobierno dictatorial y numerosos estudiantes son apresados y desterrados. La situación se pone tensa a tal extremo que el Rector de la Universidad, doctor Manuel Vicente Villarán, se solidariza con los estudiantes teniendo en cuenta los injustos y duros maltratos de que eran objeto y en defensa de los principios de rectitud moral, de justicia y de respeto a la inteligencia. Ante tan lamentable situación el doctor Villarán presenta su renuncia al cargo de Rector, la que no es aceptada por el Consejo Universitario a pesar de ser irrevocable. En tal situación procede a retirarla, porque además, a través de un artículo periodístico se intentó tergiversar el sentido de esa decisión que era enteramente inspirada por su adhesión a los estudiantes a los que consideraba una juventud inquieta en la cual se refugiaba “el último vestigio de la democracia y civilidad en el país”. El Consejo Universitario en tal virtud terminó por solidarizarse con él.

Así las cosas, en las elecciones efectuadas el 6 y 7 de julio de 1924, Leguía es ungido para un nuevo mandato, no obstante el franco rechazo a la Constitución reformada que avaló la reelección. La nueva Carta del Estado fue considerada dañina para el país por los estudiantes y el pueblo, pues daba pie a la posibilidad de que desaparecieran la democracia y hasta la vida republicana, según algunos. El temor radicaba en el hecho de su implicancia futura porque se estimaba que podía dar lugar a que se desarrollara una nueva serie de gobiernos dictatoriales, semivitalicios, en sustitución de los gobiernos presidenciales alternados, conforme se expresó en la revista **Variedades** del 19 de julio del indicado año. En aquella hora el nombre del doctor Manuel Vicente Villarán estuvo a la altura de su muy bien ganado prestigio de jurista y de maestro universitario.

El notable pensador mexicano José Vasconcelos, al que las juventudes de América Latina consideraban como uno de los pensadores de relieve continental junto a José Ingenieros, envió con tal motivo un notable mensaje de adhesión y aliento a los estudiantes peruanos por su gallarda intervención en defensa de la libertad y la justicia social. El mensaje se orientaba a levantar el ánimo de la juventud universitaria, a la que comunica su simpatía y agradecimiento por haber sido aclamado como “Maestro de la Juventud”. En ese mensaje les trasmite al mismo tiempo sus experiencias en la lucha contra las dictaduras de su tiempo. Vasconcelos estaba enterado de las dificultades por las que atravesaba el Perú, amenazado con la perennización de la tiranía. Por esta razón les dice

a los estudiantes peruanos, entre otras verdades, que “sin libertad y sin justicia ningún gobierno puede ser, ya no digo bueno, tolerable siquiera” y que “los malos gobiernos no dependan del capricho de un hombre sino del estado de corrupción general de una sociedad”.

En la misma forma expresa “que nada hay más triste que ver una patria que fía su destino a un solo hombre y todavía es peor el espectáculo de un pueblo que entrega sus libertades al déspota por una promesa ilusoria”. Les recomienda por lo mismo que organicen el movimiento salvador y que “si no pueden hacerlo, recuerden por lo menos que, por ser jóvenes, no deben manchar su juventud unciéndola a una dominación que por mucho que dure tendrá que llegar a ser para ustedes un vago recuerdo. Un vago recuerdo bochornoso para todo lo que se sume a ella; un noble orgullo de toda la vida para los que se nieguen a prestarle apoyo”.

Ese era el tono de Vasconcelos que en la Secretaría de Educación de México realizó una extraordinaria obra cultural y educacional que fue elogiada en toda América. Vasconcelos según su biógrafo Pedro Guillén, que lo conoció de cerca, llevó a cabo una gestión de grandes dimensiones, buscando dignificar al maestro, la docencia popular, rastreando las raíces de su nacionalidad para exaltar el espíritu común a la gran causa latinoamericana. Vasconcelos, ya lo he dicho, fue una de las mentalidades más lúcidas del continente. Las generaciones jóvenes encontraron en él al guía que podía encaminarlos hacia la unidad de Latinoamérica. José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, entre los peruanos lo consideraron como el director y maestro de una generación de América, particularmente por su campaña en pro de la unidad de la América indo-americana, frente al peligro norteamericano, que económica, política y hasta culturalmente podría avasallar a los pueblos del continente al sur del Río Grande.

La Reforma Universitaria

Paralelamente a los movimientos estudiantiles y gremiales en defensa de los derechos cívicos, producidos entre la segunda y cuarta década del pasado siglo, los maestros y estudiantes de San Marcos desarrollaron intensa actividad para levantar el nivel académico universitario; mejorar el ordenamiento curricular en los estudios; profundizar las investigaciones en los diferentes campos de la ciencia y del espíritu y para difundir la cultura en el ámbito nacional y fuera de él. Todo ello debido al clamor general en demanda de la renovación en las investigaciones, los sistemas y las personas de un orden ya caduco en aquella hora. Con tal motivo ocurren sucesos trascendentales en la casa de San Marcos como lo fueron la Reforma Universitaria, la actividad cultural desplegada por el

Conservatorio Universitario y la implantación del Colegio Universitario durante el rectorado del doctor José Antonio Encinas.

El primer paso en la transformación de San Marcos lo da la Reforma Universitaria, que se inicia en la práctica por la presencia en Lima, hacia mayo de 1919, del diputado socialista Alfredo Palacios. Las actividades desplegadas por él constituyeron el detonante que abrió el camino a la Reforma. Alfredo Palacios fue aplaudido y vitoreado, por profesores y alumnos, al término del célebre discurso que pronunció en San Marcos. Y no podía ser de otra manera porque el político argentino venía trayendo el mensaje del “Grito de Córdoba” que inició la Reforma en Argentina en 1918 teniendo como abanderado y líder a Gabriel del Mazo. Y también porque en la Universidad de San Marcos el terreno se hallaba preparado para que fructificara la Reforma. El diagnóstico lo tenía hecho Raúl Porras, entonces joven catedrático universitario. El escritor Manuel Velásquez Rojas, revisando papeles y documentos, dice cómo Porras en un artículo publicado en el diario limeño **La Razón** escribió que “en la antigua y zarandeada ley de instrucción, había recodos para el abuso y la desobediencia de la ley” y que “para nadie era un misterio que las cátedras no se proveían desde hacía muchos años por concurso, sino por afinidades políticas o afectuosa camaradería. El personal docente así nombrado olía a naftalina y lógicamente tenía que ser inepto y deficiente”. Por último agregaba que las relaciones del profesor y el alumno se basaban en una disciplina arcaica, de sanciones y de premios, que llegaba a los linderos de lo absurdo y lo ridículo.

Todo eso era verdad. De ahí la inquietud de los estudiantes y de los maestros con mentalidad abierta a la renovación. Había que romper el sistema tradicional de la enseñanza y del anacrónico manejo institucional de la universidad. El deseo era acabar con los profesores apegados a las cátedras por años, sin renovar o actualizar sus conocimientos en las materias que enseñaban y sin mostrar posibilidad alguna de cambio. El deseo general era que desaparecieran los prejuicios y limitaciones de clase, casta y poder económico o social, para que la universidad pudiera desarrollarse sin limitación alguna. Se buscaba, asimismo, vincular a la universidad con los asuntos nacionales para contribuir a solucionarlos dentro de un clima democrático, en el cual se pudiera dialogar y emitir libremente toda clase de opiniones. De otro lado se requería el establecimiento de la cátedra libre o paralela, la participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad y la actualización de los programas y sistemas, alentando, a la vez, los seminarios, los conversatorios y las mesas redondas.

La Reforma Universitaria tuvo, pues, ancho campo para ser llevada adelante. A ella se dedicaron los maestros y estudiantes con pensamiento renovador, como en realidad ocurrió también en los demás países de América Latina.

La Reforma Universitaria fue alentada por el diario **La Razón**, del que eran directivos y redactores los periodistas José Carlos Mariátegui, Humberto del Aguila y César Falcón. La campaña emprendida por el citado diario fue sostenida. Los titulares promovían la acción y los artículos estaban destinados a demostrar la incapacidad de los profesores y la mala organización universitaria. Con la Reforma se “liquidó muy buena parte del poder académico detentado por anquilosados profesores que eran a su vez conspicuos miembros del Partido Civil, el verdadero sostenedor político de la república aristocrática”, expresa Velásquez Rojas.

El Conversatorio Universitario

El Conversatorio Universitario o de la Generación del Centenario, fue otra de las expresiones claras del interés por la cultura en San Marcos. En el segundo semestre de 1919 se funda a iniciativa de Raúl Porras, y en él se aglutinan destacados profesores jóvenes: Manuel G. Abastos, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, Guillermo Luna Cartland, Ricardo Vegas García, Carlos Moreyra y Paz Soldán, Jorge Basadre y, desde luego, Raúl Porras. El Conversatorio significó un movimiento renovador, empeñado en presentar una historia distinta a la que se conocía hasta entonces, particularmente acerca de la independencia. El grupo del Conversatorio se dedicó además a estudiar y encarar con seriedad y solvencia intelectual los asuntos sociales y políticos de aquel momento y, sobre todo, llevar adelante, la reforma universitaria con el fin de sacar a la Universidad del atraso y la rutina.

La generación del Conversatorio Universitario, dice el doctor Jorge Puccinelli, acendró en los libros fundamentales de la generación precedente su amor y curiosidad por el pasado peruano y ahondó su ánimo de auscultar el alma nacional en el propósito de construir lo que podríamos llamar una teoría del Perú. Y, agrega, que “la generación del centenario acentúa un sano realismo, más apegado a los hechos, y una actitud sonriente e irónica, particularmente visible en sus expresiones periodísticas”. El Conversatorio Universitario, de otro lado, revela una profunda preocupación social. Se advierte, al mismo tiempo, la insurgencia y la reivindicación de la provincia y el desarrollo de la corriente indigenista.

Los trabajos que realizaron los integrantes del Conversatorio fueron de variado tema, a pesar de haberse fijado como asunto central “La participación peruana en la independencia”, teniendo en cuenta la conmemoración de los centenarios de la Jura de la Independencia por José de San Martín y la batalla de Ayacucho donde culminó la libertad del Perú y de América. Los estudios en los cuales jóvenes maestros sanmarquinos confirmaron su vocación e interés por

la investigación histórica, sociológica y literaria han quedado como contribuciones importantes dentro de la bibliografía nacional. Jorge Guillermo Leguía escribió sobre "Lima en el siglo XVIII"; Raúl Porras sobre el satírico "José Joaquín Larriba"; Luis Alberto Sánchez "Los poetas de la revolución"; y Manuel G. Abastos "La influencia ideológica en la revolución peruana".

El Colegio Universitario

En el clima creado por la Reforma Universitaria se logra asimismo que la Junta Nacional de Gobierno de 1930, no impida la elección del maestro José Antonio Encinas como Rector de San Marcos, quien regresaba al Perú después de un largo exilio en los Estados Unidos de América. Su experiencia como maestro en el Perú y en dicho país fue determinante para arribar a feliz término en la creación del Colegio Universitario, cuyo proyecto inicial estuvo incluido en el Decreto Ley de fecha 14 de agosto de 1931, que estructuró el funcionamiento de todo el sistema en la Universidad de San Marcos. Con el doctor Encinas como Rector y la adhesión amplia y decidida de la juventud sanmarquina agrupada en torno al maestro Raúl Porras y su amigo Jorge Guillermo Leguía, el Colegio Universitario comenzó a funcionar y dar los resultados esperados desde hacía tiempo. Los alumnos dejarían de ser pasivos, memoristas y sin iniciativas, para convertirse en activos investigadores, con iniciativas, y dispuestos al diálogo con sus profesores y compañeros.

El creciente número de estudiantes determina la incorporación en la docencia de un buen número de profesores-alumnos escogidos entre los más destacados de las promociones anteriores. Esta experiencia resultó excelente porque de esa manera no sólo se resolvió la carencia de profesores sino que los nuevos maestros se esmeraron preparándose para la docencia y se dedicaron a la investigación en las materias a las que fueron asignados.

El doctor Luis Alberto Sánchez en su libro **El Perú: retrato de un país adolescente**, ha escrito que la "Universidad peruana dio un salto hacia adelante. Progresó en meses lo que debió hacerlo en décadas. Desde el punto de vista organizativo, constituyó auténticas repúblicas de alumnos-maestros..." El escritor José Alvarado Sánchez, joven estudiante el Colegio Universitario, en breve ensayo se ha referido a la creación y al corto pero extraordinario desarrollo del mencionado Colegio. Por su importancia testimonial y por el fluido y elegante estilo del que hace gala me es grato citarlo a continuación. En él, dice, "se delinea claramente la influencia que tuvo desde el primer momento, en esos días fastos, la acción conjunta de dos activas fuerzas espirituales y docentes: la de un nuevo rector de características tan singulares y positivas como lo fue el doctor José Antonio Encinas, y a su lado quien era entonces para esa juventud que

irrupía en San Marcos el primer maestro Sanmarquino, el doctor Raúl Porras. Al comenzar a organizarse poco a poco el alud de los primeros días y al tomar forma definitiva el Colegio Universitario, se pudo advertir la indiscutible influencia en él de la personalidad del maestro, que comprometía a fondo su autoridad y su prestigio para resolver los innumerables problemas de organización y de métodos que el nuevo organismo universitario planteaba cotidianamente. Esto no era perceptible, por cierto, a los numerosos visitantes y amigos, pero no podían dejar de apreciar admirativamente el nuevo espíritu de acción y de solidaridad estudiantil que había surgido con la presencia masiva en Lima y en la primera Universidad del Perú, del estudiantado provinciano y sus primeras manifestaciones en el campo cultural, como en el surgimiento de diversos grupos de estudios, la publicación de nuevas revistas, y el estímulo y la presentación de activos conjuntos musicales, que contribuyeron a una valiosa difusión del folklore andino y de sus muchos representantes individuales. El mito del aislamiento o la marginación del estudiante provinciano y el de una indeseable 'capitalidad' que se esgrimía frente a la histórica atracción de San Marcos comenzó a disolverse frente a este contacto múltiple y creativo que trajo a hombres jóvenes de profundas vivencias pero hasta entonces inéditas y desorientadas, como José María Arguedas; profesores nuevos como Mario Samamé Boggio y Javier Pulgar Vidal, estudiantes de auténtica vocación filosófica como Carlos Cueto Fernandini y Luis Felipe Alarco; jóvenes políticos como Nicanor Mujica y Andrés Townsend, que por primera vez actuaban en la cercanía de cátedras que antes parecían inaccesibles...".

Ahora bien, cabe recordar que en San Marcos en las dos o tres décadas anteriores a la Reforma, al Conversatorio y al Colegio, hubo intentos de cambios que no prosperaron. Francisco García Calderón en su obra **El Perú contemporáneo**, publicada en 1907, escribe lo siguiente: "...hoy en día, tras un siglo de vida independiente, la institución venerable por su antigüedad y la nobleza de sus tradiciones, primogénita de Salamanca, conserva la rigidez de la vejez y la lentitud en sus reformas. Muchos de los esfuerzos de renovación y de dotarla de nuevo espíritu han fracasado. No sólo las ideas son anticuadas, sino los métodos y organización de los cursos que tienden a la rutina, favoreciendo la quietud intelectual. Sin ideal republicano, agrega, sin espíritu de progreso, demasiado ligados al pasado, sólo brinda una instrucción incipiente y primitiva. Mitad escolástica mitad moderna, no se perciben rasgos definidos en direcciones fecundas".

La impresión de García Calderón es la misma que tuvieron los maestros de la Reforma Universitaria en la segunda década del pasado siglo. Con la diferencia de que estos últimos lograron llevar adelante aquella esperada transformación institucional porque autoridades, profesores y estudiantes se dieron por entero a esa importantísima tarea hasta culminarla. García Calderón lo

había pronosticado, al referirse a los maestros que antecedieron a los de la Reforma. Felizmente, dijo, encontramos un fermento, una inquietud íntima, pero poderosa, que parecería actuar en nombre de nuevas ambiciones nacionales. Una nueva generación de maestros intenta destruir modelos ya prescritos. Su acción, con el doble objetivo de convertir en una meta común 'el espíritu nacional y el espíritu científico'. En este caso se refiere al ideal democrático y liberal y a la "continua reflexión de la ciencia universitaria sobre las realidades circundantes de la vida y a la crítica de la realidad social y política, sin los prejuicios de camarilla cerrada". García Calderón conocía los esfuerzos del gobierno de José Pardo y Barreda para mejorar la enseñanza en el nivel primario y secundario. Pero sobre todo, sabía que, entre los jóvenes maestros universitarios, se contaba con promotores de un nuevo espíritu, entre ellos Javier Prado, Manuel Vicente Villarán, José Matías Manzanilla, Mariano H. Cornejo, Carlos Wiese, Odriozola y Olaechea, que cita expresamente. A estos ilustres maestros les siguieron José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde, el propio García Calderón, José Gálvez y otros, de los considerados como pertenecientes a la generación arielista.

Lo indudable y efectivo es que sólo en la segunda década del siglo XX San Marcos logró seguir el impostergable camino de las transformaciones que le eran indispensables para salir del marasmo e ineficacia que en cierta medida le precedieron en los años anteriores por circunstancias muy especiales. Lejano pero feliz antecedente el de la Reforma Universitaria, que es también ejemplo para San Marcos en el inicio del tercer milenio, ahora que corren nuevos vientos de democracia y libertad y en que las instituciones vuelven a recobrar su verdadera y legítima identidad y a asumir el rol que la patria y la historia les señala y reclama.

El primer Congreso Internacional de Peruanistas

Suceso extraordinario en la vida de la Universidad de San Marcos fue el primer Congreso Internacional de Peruanistas realizado en Lima, en agosto de 1951, con motivo del IV Centenario de su fundación.

La presencia de notables personalidades intelectuales en el certamen cultural; los trabajos presentados a las comisiones de trabajo; las discusiones producidas en el seno de las mismas; las conferencias, los simposios y los discursos fueron de altísima calidad. El temario elaborado para el Congreso consideró como asunto central de éste la historia del Perú, en todas sus etapas, sin darle el carácter de exclusiva e historicista, porque los organizadores estimaron necesario incorporar las disciplinas afines a la historia (Etnología, Arqueología, Geografía, Cartografía, Arte y Folklore) y a los estudios sobre la cultura universal en el Perú y la del Perú en el mundo.

De esta manera, según expresó el Presidente del Congreso, “se permitirá comprobar la posición rectora del Perú identificada, por muchos motivos, con el Antártico; reconocer la posición rectora del Perú en América que, en el campo cultural, le confieren la importancia de ser centro de síntesis y de haber sido, en determinados momentos de su historia, nudo de corrientes culturales del continente por su situación geográfica y acción civilizadora”.

Todo ello tratado al margen de criterios políticos, de prejuicios o de opiniones preconcebidas que no permiten una auténtica valoración del historiador. Por último, fueron considerados como participantes, aparte de los invitados especiales, los profesores de la Facultad de Letras de San Marcos, de la Universidad Católica del Perú y algunos de las universidades de Arequipa, Cusco y La Libertad. En cuanto se refiere a los participantes extranjeros fueron invitados notables especialistas que dentro de sus investigaciones y estudios eran autores de importantes libros sobre la historia y la cultura del Perú, convirtiéndolos en verdaderos peruanistas.

Con el objeto de reiterar la elevada categoría de los participantes extranjeros al Congreso me basta citar algunos nombres: Paul Rivet, Marcel Bataillon, Louis Baudin, Constantino Bayle, Manuel Ballesteros Gaibrois, Guillermo Céspedes del Castillo, José de la Torre y del Cerro, Antonio Rodríguez Moñino, José María Ots Capdequí, Karl Troll, Hermann Trimborn, Wendell Bennett, George Kubler, George McBride, Samuel Lothrop, G. S. Bushnell, Enrique Ruiz Guiñazú, Fernando Márquez Miranda, Guillermo Feliú Cruz, Jaime Eyzaguirre, Ricardo Latcham, Ricardo Donoso, Claudio Sánchez Albornoz, Juan Larrea, Agustín Zapata Gollán, Jehan Vellard, etc.

El Congreso fue inaugurado en la Biblioteca Nacional el 15 de agosto y clausurado el 23 del mismo mes, en sesiones solemnes, presididas, la primera, por el Rector de San Marcos, doctor Pedro Dulanto, y la segunda, por el Decano de la Facultad de Letras, doctor Aurelio Miró Quesada Sosa. En ambos casos formaron parte de la mesa de honor el Presidente del Congreso doctor Raúl Porras y dignísimos representantes de los invitados extranjeros y de los catedráticos peruanos.

En la sesión inaugural hicieron uso de la palabra el Decano de la Facultad de Letras doctor Miró Quesada, quien dio la bienvenida a los participantes, al que le siguió el presidente del Congreso doctor Raúl Porras, escuchándose inmediatamente después las alocuciones de los profesores Wendell Bennett, Louis Baudin, Enrique Ruiz Guiñazú, Manuel Ballesteros y Hermann Trimborn. En la sesión de clausura, el doctor Luis Jaime Cisneros, Secretario Ejecutivo del certamen, dio lectura a las 47 conclusiones del Congreso, las que fueron aplaudidas por los asistentes. Acto seguido fue aprobada por aclamación una moción de

los representantes hispano-americanos por la que expresaron su satisfacción y “viva complacencia por la jerarquía intelectual y por la ponderación y libertad con que fueron tratados todas las cuestiones propuestas a la reunión, señalando al mismo tiempo, la ejemplar dirección impresa a las secciones de estudio por los organizadores del Congreso y que, “por su brillante actuación, han comprometido la gratitud de todos los congresales”.

A continuación, el Presidente del Congreso doctor Raúl Porras, hizo un detenido análisis de las labores desarrolladas durante el evento, refiriéndose a los aspectos sobresalientes del mismo entre los que resaltó la presencia de los destacados participantes extranjeros y sus importantes contribuciones intelectuales al certamen, lo mismo que a las de los profesores y estudiosos peruanos. Mencionó también el alto espíritu de comprensión y de colaboración del Rector y del Decano de la Facultad de Letras, doctores Dulanto y Miró Quesada.

Como una muestra clara y sincera de cómo vieron y sintieron las ilustres personalidades extranjeras la realización y los resultados positivos del Congreso, estimo de singular interés recoger aquí parte del brillante discurso pronunciado en la sesión solemne de clausura por el profesor Marcel Bataillon, a nombre de los países europeos: “Me toca, dijo, tomar la palabra a nombre de aquellos hombres singulares que sin ser vinculados al Perú por lazos de vecindad continental, sin pertenecer al país europeo que tuvo una profunda y decisiva intervención en los destinos del Perú, sienten sin embargo profundamente agradecidos, como un honor y una responsabilidad, el título de peruanistas que les brindó la comisión organizadora del Congreso. Tal vez era natural que hablase para expresar nuestro común agradecimiento el que fue proclamado decano de los peruanistas. La cordial diplomacia de la mesa directiva entendió probablemente que nuestro homenaje resultaría más significativo si corriese a cargo no de un peruanista universalmente acabado como tal, sino de un aprendiz de peruanista, en todo el fervor de su aprendizaje, es decir el que más necesitaba de los contactos científicos y humanos que el Congreso nos proporcionó. Para nosotros, todos estos contactos, tienen una importancia vital, porque, al fin y al cabo, aprendices o maestros, todos somos unos eternos estudiantes. Hemos venido a orientarnos, a documentarnos, a respirar el aire del Perú y, si un trabajador concienzudo puede abrigar cierta duda acerca del valor de lo que trae aquí personalmente, no le puede caber la menor duda acerca del valor de lo que se lleva”.

“Pero hay que decirlo muy alto, agregó, este Congreso ha sido fecundo como pocos para los que hemos participado en él, y es razonable esperar de él, un impulso vigoroso para los estudios peruanistas. Sencillamente porque no fue, como tantos congresos abrumados de ponencias, una serie de monólogos. Ha habido diálogos, ha habido discusión. Ha habido emoción histórica en torno

a los destinos del Perú, lo cual es muy distinto de la emoción patriótica, y es muy propicio a la comunión de los espíritus cualquiera que sea su origen y su situación con respecto a la historia peruana. Felizmente ha llegado para las ciencias históricas el momento de reconocer su inevitable y profundo arraigo en la conciencia de los hombres dedicados a ellas, pero también, precisamente a base de una intersubjetividad, el momento de aspirar a una objetividad más compleja y a una colaboración más eficaz. Hemos sentido en nuestros colegas peruanos –peruanos y peruanas entiendo, porque ellas son decididas como ellos– una decidida voluntad de hacer historia peruana con toda el alma, sin patriotería, sin retórica. De ahí el tono de este Congreso”.

“Una de las muchas razones que tenemos de querer y de admirar a nuestros amigos peruanos es su entereza, su sinceridad en las discusiones científicas; también su deseo de reconstruir una imagen matizada del pasado que no se puede lograr del día a la mañana”.

Al leerles los anteriores párrafos del discurso del ilustre maestro Bataillon, llenos de expresiones de afecto para los historiadores peruanos y de reflexiones sobre el Congreso y los valiosos frutos cosechados en él, he pensado en la 47 recomendación que es la última de las conclusiones del Congreso, en la que se pide “celebrar cada cinco años una reunión internacional del Congreso de Peruanistas”. Ha transcurrido medio siglo y hasta ahora no hemos tenido la suerte de organizar un nuevo Congreso con la jerarquía y el alto nivel del realizado en 1951. Lo hemos intentado al conmemorarse el primer centenario del nacimiento del doctor Raúl Porras, en 1997. Por acuerdo y en representación del Comité Directivo del Instituto que lleva el nombre del insigne maestro que presidió aquel memorable encuentro cultural en 1951, realicé algunas gestiones con el fin de recibir el respaldo indispensable a la organización y a los gastos que demandaría un II Congreso de Peruanistas. La idea no prosperó, quiero decir que ella no tuvo eco en algunos despachos ministeriales. El Perú, en cuanto se refiere a la cultura y la historia, no era prioritario en el esquema del gobierno de entonces.

Lo cierto e inolvidable es que en 1951 Lima, la Universidad de San Marcos en particular, se convirtió en ágora de las más luminosas inteligencias del Perú y del mundo. Tuvimos la enorme satisfacción de comprobar que nuestra universidad a través de su historia había ganado notable prestigio dentro y fuera del país demostrado a través de las personalidades intelectuales y sus estupendas ponencias sobre la cultura peruana, presentes en el inolvidable Congreso Internacional de Peruanistas del citado año.

He aquí la razón por la que me he permitido hacer alusión especial sobre el primer Congreso Internacional de Peruanistas. Los historiadores sabemos que

algunos hechos de nuestra historia y de nuestras instituciones deben ser recordados cada vez que sea posible, porque de ellos se nutre nuestra personalidad nacional.

Consideraciones generales sobre la Universidad

Quisiera hacer algunas reflexiones a propósito de las transformaciones efectuadas en el pasado siglo. Estimo que ellas no se debieron únicamente al necesario e inevitable cambio estructural, a la renovación de los cuadros docentes y al deseo de dar mayor énfasis a la enseñanza y desarrollo cultural en la casa de estudios superiores. Un factor determinante en la vida de San Marcos ha sido también y sigue siéndolo, la presencia de estudiantes provenientes de diversos sectores de la sociedad peruana y de los más apartados o lejanos rincones del territorio peruano. El estudiantado universitario de San Marcos ya no está conformado únicamente por la clase aristocrática o clase media con poder económico; el claustro abre sus puertas a la democracia y a la franca relación entre los variados estamentos sociales, estableciéndose una sincera y franca relación entre los estudiantes que dejan de lado la inveterada división de los grupos sociales, económicos y raciales.

Los estudiantes de provincias, dejando en la mayoría de los casos a su familia y aceptando el reto de vivir en Lima, con sacrificio y esfuerzo, se incorporan a la Universidad con el objeto de formarse profesionalmente y labrarse un porvenir que les era imprevisible e incierto. De aquí la frase cabal y precisa de nuestro escritor Alfredo Bryce Echenique, en la que sintetiza la verdadera dimensión de San Marcos como entidad representativa del Perú, al declarar que cuando ingresó en ella el primer día de abril de 1957, entró por "primera vez al Perú, con todas sus riquezas y contradicciones". José María Arguedas pudo haber dicho lo mismo al comprobar en San Marcos la presencia de todas las sangres y colores de nuestra nación. San Marcos, en realidad, desde las primeras décadas del siglo XX se convierte en el enjambre donde bullen estudiantes de todo nuestro territorio. San Marcos pasa a ser el lugar donde se dan la mano y fraternizan sin distinción alguna, todos los estudiantes que con el ímpetu propio de la juventud anhelan labrar su destino a través del estudio, el saber y la profesión liberal. Siguiendo el pensamiento de nuestro escritor Bryce Echenique, San Marcos se convierte así en el pulmón del Perú, como órgano vivo de la sociedad peruana, es decir en órgano fundamental para la nación toda.

Las experiencias de la Reforma Universitaria, del Conversatorio y del Colegio Universitario fijaron hitos fundamentales en la historia de San Marcos durante el siglo XX. Traerlos al recuerdo, en esta fecha conmemorativa de los 450 años de su fundación, nos abre la esperanza de que nuestra casa de estudios superiores retomará la vía del prestigioso destino al que tiene derecho y que siempre ha

guiado una permanente labor durante su larga vida, no obstante los ingratos momentos que la han ensombrecido en el curso de ella. No podemos olvidar que después de la grave crisis nacional de 1930 tuvimos un Rector, el doctor José Antonio Encinas, quien junto a otros ilustres maestros fue el que levantó el espíritu universitario con reformas que rompieron definitivamente normas y docencia caducos, para poner a la universidad en el nivel que reclamaban las nuevas generaciones. El Colegio Universitario, al que ya me he referido, es un ejemplo inolvidable porque aparte de mejorar los métodos de enseñanza y de incorporar profesores jóvenes de reconocida competencia, abrió el abanico de la cultura por medio de la Escuela de Altos Estudios y del Departamento de Extensión Cultural. Estas reparticiones universitarias, como los Departamentos e Institutos creados en 1963, facilitaron los estudios y las investigaciones y ahondaron el interés por las disciplinas de cada Facultad, así como la difusión del arte, la música y otras actividades similares a las que concurrían en elevado número maestros y estudiantes dentro de un clima de fraternal amistad.

La Universidad de San Marcos en la segunda mitad del siglo XX ha tenido gravísimos capítulos en los que ha sido perturbado el quehacer académico por la intervención de gobiernos dictatoriales que han arremetido contra la autonomía con el propósito de impedir la crítica y la protesta de los estudiantes por el mal manejo de la cosa pública. Mario Vargas Llosa recuerda que siendo estudiante de San Marcos, el gobierno dictatorial del General Manuel Odría reprimió con violencia una huelga de sanmarquinos y que los patios de Letras y de Derecho estaban llenos de policías disfrazados de estudiantes enviados allí en función de espionaje y delación. Y es que San Marcos ha sido siempre un hervidero de pasión y de lucha cuando se ha tratado de defender la democracia, los derechos cívicos, la libertad y la justicia. En honor a la verdad debemos dejar constancia de que ello ha ocurrido sin que la universidad desvirtuara su tarea esencial como forjadora de generaciones aptas para el ejercicio profesional y, al mismo tiempo, para contribuir al desarrollo de la cultura y el progreso del país.

Notables sanmarquinos han llegado, en el curso del pasado siglo, al palacio legislativo con el deseo de contribuir con sus luces y conocimientos jurídicos y sobre nuestra realidad nacional, en la elaboración de las normas legales indispensables para encauzar el derrotero de las instituciones tutelares y permitir la convivencia entre los peruanos dentro de un orden jurídico acorde a nuestra idiosincrasia y como corresponde a toda sociedad civilizada. Los nombres de Víctor Andrés Belaunde, José Gálvez, Luis Alberto Sánchez, Raúl Porras y muchísimos más son ejemplo en el siglo que hace poco concluyó. Debo referirme también a los egresados y maestros de San Marcos que hoy son figuras representativas de nuestra patria, los que con el corazón pleno de fervor y de inquietudes han iluminado al país con su saber y la entrega de sus energías en los múltiples campos de la ciencia y la cultura. Es difícil, indudablemente,

intentar una lista aproximada de los numerosos sanmarquinos que como estudiantes o catedráticos han pasado por sus aulas dejando huella imborrable a través de su secular historia y sembrando cultura fuera de ella. Circunscribiéndome solamente al pasado siglo y sin ser exhaustivo me bastaría nombrar a José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde, los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, Mariano Iberico, Honorio Delgado, Carlos Monge, Alberto Hurtado, Julio C. Tello, Luis E. Valcárcel, Raúl Porras, Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, Aurelio Miró Quesada, José León Barandiarán, Manuel Abastos, Carlos Rodríguez Pastor, José Jiménez Borja; a los que siguen Estuardo Núñez, Jorge Puccinelli, Augusto Tamayo Vargas, Luis Jaime Cisneros, Alberto Tauro del Pino, Ella Dunbar Temple, Carlos Daniel Valcárcel, Francisco Miró Quesada Cantuarias, Alberto Escobar, Enrique Barboza, Carlos Cueto Fernandini, Luis Felipe Alarco, Fernando Tola Mendoza, Víctor Li Carrillo, Augusto Salazar Bondy, y muchos más. En el mundo de las letras, durante el mismo siglo, César Vallejo, Abraham Valdelomar, José María Arguedas, José Alvarado Sánchez, Emilio Adolfo Westphalen, Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Zavaleta, Washington Delgado, Carlos Germán Belli, Marco Martos, Blanca Varela.

La Universidad de San Marcos ha sido, por lo tanto, durante su larga historia, sede intelectual por excelencia; semillero en el cual se han formado figuras de relevante prestancia nacional e internacional en la cultura, las letras, las ciencias y en las demás ramas del saber; laboratorio en el cual se ha estudiado a fondo nuestra realidad nacional en sus múltiples y variados aspectos humanos y naturales; lugar de encuentro en el que se han formado los hombres que han intervenido pública y privadamente en el quehacer cotidiano de la patria, colaborando o debatiendo sobre temas de carácter jurídico, económico, científico, social y cultural.

Estamos enterados, señor Rector², de que usted ha propuesto un Plan Estratégico para el quinquenio 2001-2006, con la finalidad de devolverle a San Marcos el liderazgo universitario en el Perú y alcanzar los mejores estándares de calificación en América Latina. Sus metas las ha establecido en cuatro principios básicos, según sus propias palabras: San Marcos Universidad pública, San Marcos Universidad libre, San Marcos Universidad abierta y San Marcos Universidad verdadera. El contenido de cada uno de ellos los explicita con el rigor académico y la experiencia de historiador y maestro que lo caracterizan. Desde mi punto de vista de profesor de muchos años, el Plan Estratégico es viable y bastará ponerle corazón y empeño en el cual deben participar decididamente catedráticos, estudiantes, personal administrativo, exalumnos, gobierno, entidades públicas y privadas y todos los que aman a nuestra Alma Mater y anhelan que el Perú avance con paso positivo y firme en lo futuro.

En la segunda mitad del pasado siglo XX se han incrementado las universidades nacionales o públicas y han surgido las universidades privadas. Con tal motivo se ha establecido una cierta competencia entre aquellas y las últimas, como tenía que suceder. Lo que lamentamos es que a las universidades nacionales les ha faltado un apoyo sostenido de parte del Estado. La desatención oficial por la cultura y la formación profesional ha sido notoria. El presupuesto que se les asigna nunca ha sido suficiente. Además en los últimos años se ha reducido en tal forma que podría pensarse que la educación y la cultura no han sido prioritarios para algunos gobiernos. Tal vez no se ha logrado todavía entender que los pueblos caminan hacia adelante en base a su formación integral, la cual, reitero, se alcanza —no lo digo yo; lo han dicho ilustres humanistas y maestros— a través de la educación y la cultura, lo que presupone decir desterrando la ignorancia que da pie a la pobreza, a la injusticia y al permanente retraso de la población humana en sus múltiples manifestaciones.

En las universidades nacionales está la imagen del Perú en su población estudiantil integrada por los más variados sectores de nuestra sociedad, en los que mayoritariamente se encuentran alumnos con pocos o sin ningún recurso económico, que sobreviven penosamente en permanente lucha contra la falta de trabajo y, desde luego, contra la pobreza. El doble esfuerzo que significa buscar los medios de subsistencia y estudiar al mismo tiempo, es muy duro para los estudiantes provenientes de sectores sin recursos económicos y de los que llegan de provincias. Esta es la razón que los empuja muchas veces a protestar cuando se incrementan ciertos pagos de la Universidad. Las universidades privadas no tienen esos problemas porque los estudiantes, en su mayoría, pertenecen a sectores con situación económica estable, lo que les permite vivir con comodidad, sin angustias ni molestias y, además, pueden pagar sus estudios, contribuyendo así a la solidez y desarrollo de aquéllas.

Agréguese a la situación descrita respecto de las universidades nacionales, la acción perniciosa de gobiernos autoritarios contra su autonomía y su frecuente intervención en los asuntos propios de la universidad con su conculcación agravante de la libertad de pensamiento y de opinión de maestros y estudiantes. Y, por último, la intermitente agitación de algunos grupos estudiantiles, muchas veces desmesurada, por razones políticas, que ha dado pretexto a que se forme una imagen distorsionada y negativa de la Universidad, haciendo creer que los profesionales que egresan de San Marcos carecen de sólida preparación profesional y que son, además, indisciplinados, lo que no es cierto, no es verdad.

Estos son algunos de los problemas que deben ser examinados a fin de superarlos. Para ello es necesario desbrozar lo bueno de la malo, lo positivo de lo negativo. Compete realizar esa obra a los propios universitarios, autoridades, maestros y alumnos, en estrecha solidaridad, en fraterna colaboración y camaradería.

Otro asunto que habría que considerar es la necesidad perentoria de que nuestra universidad se ponga a tono en relación al desarrollo tecnológico y científico imperante en nuestro tiempo. En este aspecto, creo que el gobierno actual tiene en sus manos la decisión de otorgar a San Marcos y demás universidades nacionales, un presupuesto que haga posible su cambio y modernización. Sabe él, como economista y maestro que es, que la revolución tecnológica en el campo de la informática, la cibernética, la internet y las computadoras, vienen influyendo de manera decisiva en los modos de vida de los pueblos.

Todo lo dicho y mucho más son temas que deberán ser estudiados y analizados con la esperanza de que la Universidad Decana de América recupere y mantenga su prestigio secular dentro y fuera de la patria, el mismo que le viene desde su fundación. Pidamos con optimismo que ese anhelo, que es de todos los peruanos, se cumpla.

Es cierto que en los últimos años hemos vivido una etapa verdaderamente oprobiosa y difícil en la cual no ha sido posible hablar ni ejercer el derecho democrático y cívico de discrepar, sin poner en peligro nuestra integridad física o espiritual. Y esta situación ha determinado una inversión de los valores y que los principios más nobles hayan sido sojuzgados por los más abyectos y ruines hechos hoy conocidos públicamente por el mundo entero.

Nuestro brillante escritor Mario Vargas Llosa al ser incorporado como Doctor honoris causa de San Marcos, en memorable actuación realizada en abril del presente año, ha dicho una gran verdad: "La obligación de una universidad no es, no puede ser sólo la de formar buenos profesionales, y, menos, en un país como el nuestro, con los problemas básicos de la civilización y de la modernidad sin resolver. Es igualmente imprescindible que contribuya a formar buenos ciudadanos, hombres y mujeres sensibilizados respecto a la sociedad en que viven, alertas a sus carencias, retos, injusticias; a sus abismales disparidades, y conscientes de su responsabilidad moral y cívica, de la necesidad de hacer algo, desde el ámbito vocacional y profesional, para cambiar el destino sombrío que ha llevado al Perú, una y otra vez, en la historia, a desaprovechar las oportunidades e incurrir en los mismos errores".

Por esto pienso, y debo decirlo de manera enfática, la Universidad de San Marcos y con ella todas las universidades del Perú, aparte de cumplir con la permanente misión de transmitir conocimientos, impulsar la investigación y formar eficientes profesionales, deben asumir sin pérdida de tiempo la difícil pero fundamental tarea de orientar la conducta de las nuevas generaciones por el camino del trabajo, de la honestidad, la moral y la dignidad. Las heridas producidas en la sociedad peruana por los malos ejemplos pasados y recientes

sólo serán restañadas si los peruanos nos abocamos decididamente a recobrar los valores que se han debilitado o perdido. Este es el reto que todos tendremos de hoy en adelante y tanto la Universidad como los centros educativos en general y las instituciones tutelares del país, deben dar el ejemplo sin mirar los obstáculos, porque éstos se superan cuando hay voluntad y decisión.